

**NOTAS Y COMENTARIOS**

**CLASES ALTAS Y MEDIAS  
EN LA ARGENTINA, 1880-1930.  
NOTAS PARA UNA AGENDA  
DE INVESTIGACIÓN\***

ROY HORA\*\* Y LEANDRO LOSADA\*\*\*

El alcance y los rasgos más salientes de las grandes transformaciones económicas y sociales experimentadas por la Argentina (en especial su región pampeana) entre 1880 y 1930 son conocidos y han sido abordados en numerosos estudios históricos. La recomposición poblacional generada por la inmigración, la complejización de la estructura social, el crecimiento económico y demográfico, son algunos de los temas que han concitado mayor interés, y sobre los que se vertebró todo un relato de la Argentina de ese entonces<sup>1</sup>.

Las transformaciones sociales y, más aun, en las convenciones y en las conductas de las personas que habitaron ese mundo, sin embargo, no recibieron una atención sostenida y continuada, capaz de sentar las bases de un corpus de investigaciones que permita conocer en profundidad la fisonomía de la sociedad de las décadas del pasaje del siglo XIX al XX. Una excepción parcial a esta afirmación la constituyen los trabajos centrados en el proceso inmigratorio y la inserción de los extranjeros en el medio local. A partir del estudio de un amplio abanico de problemas (las pautas matrimoniales, la sociabilidad, las tensiones y mutaciones identitarias), los estudios consagrados a analizar un fenómeno cuya escala e impacto sobre la sociedad nativa no tuvo parangón en otros países receptores de inmigrantes europeos de ese tiempo, han ofrecido evidencias y claves interpretativas productivas para pensar los rasgos de la sociedad crecida al calor del aluvión inmigratorio<sup>2</sup>. A su turno, las investigaciones consagradas a analizar la historia del mundo del trabajo dirigieron su atención hacia las formas de organización y lucha gremial, y los modos de interpelación política

\* Los autores agradecen los comentarios de Lila Caimari a una versión previa de este ensayo.

\*\* Universidad Nacional de Quilmes/CONICET. [rhora@unq.edu.ar](mailto:rhora@unq.edu.ar)

\*\*\* Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires/CONICET. [losadal@infovia.com.ar](mailto:losadal@infovia.com.ar)

<sup>1</sup> Ejemplares y pioneros al respecto son los trabajos de Gino GERMANI: *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955, y *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962. Para una reciente puesta en perspectiva, véase Juan Carlos TORRE: "Transformaciones de la sociedad argentina", en Roberto RUSSEL (ed.): *Argentina 1910-2010. Balance de un Siglo*, Buenos Aires, Taurus, 2010.

<sup>2</sup> Una síntesis sobre esta historiografía, en Fernando DEVOTO: *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

pero, asimismo, hacia las actividades culturales y las instancias de sociabilidad, alumbrando en consecuencia no sólo la experiencia política sino también aspectos significativos de la identidad, los patrones de interacción social y los consumos culturales de las clases trabajadoras<sup>3</sup>. Estas últimas dimensiones, además, fueron objeto de trabajos pioneros sobre la historia social y cultural del cambio de siglo, que permitieron delinear mejor el perfil de los sectores populares crecidos en esas décadas<sup>4</sup>. Finalmente, otras áreas historiográficas, como por ejemplo la dedicada a la historia de la familia, también han contribuido al conocimiento de rasgos cruciales de la sociedad de ese período<sup>5</sup>.

Con todo, las características y mutaciones de importantes sectores de la sociedad crecidos o transformados en las décadas de cruce de los siglos XIX y XX han recibido muy escasa atención. Síntoma y consecuencia de cierta postergación de la historia social, son pocos los trabajos que han focalizado su atención en las elites y las clases medias. Los rasgos de estos grupos, sus pautas de consumo, sus modos de vida, siguen presentando puntos oscuros y numerosos interrogantes (el balance, decididamente, es más negativo para el caso de los más elusivos sectores medios)<sup>6</sup>.

El propósito de este trabajo es, precisamente, esbozar algunas hipótesis acerca de las circulaciones culturales y las influencias recíprocas entre los estilos de vida y las convenciones sociales de los sectores medios y los grupos encumbrados. Estas cuestiones, relevantes en sí mismas como objetos de indagación historiográfica, también resultan de interés por cuanto ofrecen una vía de entrada para explorar cuestiones más amplias, referidas a las grandes coordenadas de las relaciones de clase de una sociedad en acelerada transformación. En las páginas que siguen, el lector encontrará, antes que resultados empíricos novedosos, reflexiones, preguntas y conjeturas sobre las relaciones entre las elites y los sectores medios en formación, nacidas en gran medida en el curso de una exploración que toma por eje al primero de estos mundos sociales<sup>7</sup>. Por tanto, este trabajo debe ser entendido como un acercamiento inicial a este tema que apunta, más que a ofrecer respuestas definitivas, a motivar la discusión sobre ejes y problemas hasta el momento poco explorados.

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Ricardo FALCÓN: "Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina, 1890-1912", *Anuario*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, 1986/7, pp. 365-389; Ruth THOMPSON: "The Limitations of Ideology in the Early Argentine Labour Movement: Anarchism in the Trade Unions", *Journal of Latin American Studies*, 16 (1984), pp. 81-99; Dora BARRANCOS: *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996; José M. ARICÓ: *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Juan SURIANO: *Anarquistas. Cultura y política en Buenos Aires 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001; Hernán CAMARERO: *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

<sup>4</sup> Adolfo PRIETO: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988; Luis Alberto ROMERO y Leandro GUTIÉRREZ: *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

<sup>5</sup> Susana TORRADO: *Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000)*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor; José Luis MORENO: *Historia de la familia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

<sup>6</sup> Para un balance reciente de los estudios sobre los sectores medios, véase Enrique GAUGUIN: "La formación histórica de la clase media en Argentina. Una aproximación bibliográfica", en *Apuntes de Investigación del CECYP*, X:11 (2006), pp. 228-239.

<sup>7</sup> Nos permitimos remitir al respecto a Roy HORA: *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI Iberoamericana, 2005; Leandro LOSADA: *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidades, estilos de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI Iberoamericana, 2008.

## I. La alta sociedad

En los años que corren entre la llegada de Julio Roca a la presidencia y el Centenario de 1910 la alta sociedad de Buenos Aires experimentó intensas transformaciones. En el curso de esas tres décadas, el círculo de mayor status de la sociedad, aquel integrado por familias que pertenecían a las elites políticas, económicas y culturales, vio hondamente renovados su estilo de vida, su identidad y su composición social.

Las mutaciones en el estilo de vida tuvieron dos tonos característicos: la europeización de las costumbres y el auge del consumo conspicuo. La importancia que adquirieron estos dos fenómenos reconoce distintas causas. Ante todo, las fuerzas que marcaron a la propia época, tanto a nivel local como internacional, que crearon un escenario muy favorable para el despliegue de nuevas y más sofisticadas pautas de vida y consumo. La prosperidad agroexportadora que caracterizó al período que corre hasta la Primera Guerra Mundial dotó a los integrantes de los sectores más poderosos del país de fortunas e ingresos de una escala desconocida para generaciones anteriores. A su vez, la formación de un sólido régimen político delineó un escenario de estabilidad institucional y económica que, salvo en los difíciles años de la Crisis del Noventa, resultó propicio no sólo para la acumulación de riqueza sino también para el triunfo de una actitud ante la vida más hedonista y más mundana.

Este período de estabilidad política, expansión económica y sostenido crecimiento de las fortunas argentinas coincidió, en el plano internacional, con una etapa de veloz integración de la economía mundial, que acortó las distancias y tendió puentes, económicos y culturales, a través de los trópicos y entre ambos lados del Atlántico. Así, gracias a la prosperidad y la estabilidad económica, y a la revolución en los medios de transporte y de comunicación, la elite argentina, hasta entonces un grupo de costumbres provincianas y modesta fortuna –mucho más humilde que sus homólogas brasileñas o mexicanas, chilenas o peruanas– pudo escalar posiciones hasta convertirse en una de las clases propietarias más prósperas de América Latina, y disfrutar de modas, consumos y pasatiempos que hasta entonces habían permanecido por fuera de sus posibilidades<sup>8</sup>.

Las clases altas argentinas no asistieron pasivamente al despliegue de las fuerzas puestas en marcha por la gran globalización de las décadas del tránsito del siglo XIX al XX. La europeización de las costumbres y el consumo conspicuo arraigaron como nunca antes en la alta sociedad porteña porque sus propios integrantes promovieron activamente estos fenómenos. Desde ya, la renovada capacidad de consumo de sus estratos más encumbrados hizo que los incentivos para emular a unas clases altas europeas cuyos patrones culturales ahora aparecían más fácilmente reproducibles en nuestro medio se incrementaran conforme crecía la riqueza que brotaba de las pampas. Ahora bien, muchos de los aspectos señalados (la estabilidad política, la prosperidad económica, la difusión cultural) fueron rasgos generales de la época, y

<sup>8</sup> Síntesis reciente de las transformaciones económicas de este período en Fernando ROCCHI: *Chimneys in the Desert. Industrialization in Argentina during the Export Boom Years, 1870-1930*, Stanford University Press, California, 2006; Eduardo MIGUEZ: *Historia económica de la Argentina. De la Conquista a la Crisis de 1930*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008; y Roy HORA: *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

por tanto también impactaron sobre otras elites de la periferia europea, en América, Asia y África.

Una perspectiva comparativa sugiere, sin embargo, que la alta sociedad de nuestro país abrazó la europeización y el cambio en las costumbres con menos ambigüedades y con más decisión que la que contemporáneamente exhibieron muchas elites de la periferia, en particular en Asia y África. Para éstas, este proceso muy frecuentemente implicaba costos particularmente altos, pues en esa era en la que las ideologías racistas se afirmaron y se dotaron de credenciales científicas, también suponía aceptar discursos y prácticas que consagraban la superioridad del hombre blanco y de la civilización europea, y obligaba a arrojar por la borda una herencia cultural que hasta poco antes había sido vista como más antigua y más compleja que la que promovían los nuevos dominadores del globo<sup>9</sup>. El caso era más sencillo en las naciones de América Latina, en primer lugar porque sus clases dominantes se reconocían plenamente como herederos de la empresa de conquista y colonización que había nacido con el gran ciclo de expansión europea iniciado en el siglo XV, y que a comienzos del siglo XIX se había continuado con la formación de naciones independientes.

Dentro de los estados latinoamericanos, la posición de los sectores preponderantes de la Argentina presenta algunas peculiaridades, que remiten al lugar que este grupo ocupaba en la sociedad rioplatense. Por una parte, las elites dirigentes argentinas no experimentaron las mismas ansiedades y ambigüedades que afectaron a los grupos dirigentes de naciones como México o Perú, donde la herencia cultural del pasado indígena aparecía más gloriosa y más vital, o más difícil de ignorar<sup>10</sup>. Y de modo aún más acusado que en otras sociedades hijas de la conquista española con las que la Argentina compartía un mismo legado histórico, desde la revolución de independencia había cobrado forma una cultura política republicana signada por la movilización popular y el igualitarismo, que desde el comienzo desterró la posibilidad de que las clases altas encerraran la disputa por el poder en su propio seno. En la Argentina, la participación de las clases populares en la vida pública le otorgó a las relaciones políticas y sociales una tonalidad más democrática e igualitaria que la que por entonces imperaba en Chile, Brasil o México<sup>11</sup>. En la segunda mitad del siglo, luego de la caída de la república rosista, este fenómeno perdió mucho de su fuerza revulsiva, pero desde entonces la aceleración del proceso de crecimiento económico que la región pampeana venía experimentando desde la apertura al libre comercio –en parte porque tuvo lugar en un medio escaso en fuerza de trabajo y muy abierto al talento inmigrante– contribuyó a una acelerada erosión de las jerarquías sociales heredadas de la etapa colonial, y a su reemplazo por otras más propias de una sociedad de mercado.

<sup>9</sup> C. A. BAYLY: *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Blackwell, 2004.

<sup>10</sup> El contraste con el caso mexicano puede verse en Mauricio TENORIO-TRILLO: *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation*, Berkeley, University of California Press, 1996.

<sup>11</sup> Estas coordenadas han sido efectivamente resaltadas por quienes han estudiado las elites de esos países. Cfr. Jeffrey NEEDELL: *A Tropical Belle Époque. Elite Culture and Society in turn-of-the-century Rio de Janeiro*, Cambridge University Press, 1987; Manuel VICUÑA: *La Belle Époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, Sudamericana, Santiago de Chile, 2001; Hugo NUTINI: *The Mexican Aristocracy. An Expressive Ethnography. 1910-2000*, University of Texas Press, Austin, 2004.

En este escenario, dos fenómenos cobraron especial relieve. A lo largo del siglo XIX, y con especial vigor en su último cuarto, el país se vio hondamente renovado por la llegada masiva de inmigrantes europeos. La Argentina se consagró como el país que mayor cantidad de extranjeros recibió en relación a su población total, bien por encima de otros destinos de inmigración como Estados Unidos, Canadá o Australia. Impulsada por el arribo de extranjeros y las oportunidades de progreso económico, la movilidad social se convirtió en una marca indeleble de la nueva sociedad en construcción. Ello contribuyó a acelerar un proceso de complejización de la estructura social que ya venía cobrando fuerza desde algunas décadas atrás. El aspecto más característico de este proceso fue la formación de importantes estratos de sectores medios, cuya presencia se volvió muy perceptible tanto en la campaña como en las ciudades de la región litoral. Así, pues, si la política constituyó un motor de renovación de las estructuras sociales en las décadas que sucedieron a la independencia, en la segunda parte de la centuria el crecimiento económico y el cambio social desempeñaron un papel no menos profundo y decisivo como impugnadores de viejas jerarquías y prestigios. Estos cambios no destruyeron a los antiguos grupos dominantes, pero sí los obligaron a moverse en un escenario en el que, para afirmar su preeminencia social, no podían invocar fácilmente sus privilegios pasados, sus servicios al gobierno de la nación o a las jerarquías sociales tradicionales.

En un medio social de signo más plutocrático que aristocrático, pues, la preeminencia de la alta sociedad local, más que un rasgo inmutable del orden social, debió edificarse en referencia directa a los valores de una sociedad republicana y móvil. Acotados de esta manera los terrenos y los modos en que la clase alta podía afirmar su superioridad, el refinamiento del gusto y el consumo conspicuo, además de motivados por la búsqueda primera de disfrute y placer, se revelaron espacios apropiados para que los integrantes de la alta sociedad, o los que aspiraban a sumarse a ella, reclamasen su derecho a la eminencia. El cambio en las formas de vida que la alta sociedad experimentó en las décadas del cambio de siglo no podría entenderse cabalmente sin situarlo en este contexto. Adoptar un estilo de vida que expresara poderío económico (a través del consumo) y refinamiento cultural (replicando aficiones y gustos propios de las elites del Viejo Mundo) tuvo gran importancia para reforzar y legitimar una posición social distinguida<sup>12</sup>.

Varias fueron las dimensiones a través de las cuales se operó esta transformación. Las mismas expresan, por lo demás, que la elite nativa no fue un simple receptor inercial de las modas de la época, o un consumidor ostentoso de aquello que la revolución en los medios de transporte y el enriquecimiento pusieron a su alcance, sino un sujeto activo que generó espacios y aficiones para darse a sí mismo esa pretendida sofisticación cultural y un estilo de vida que revelara cultura y riqueza al mismo tiempo. Entre las más destacadas sobresalen: el *grand tour* europeo; la emergencia de una nueva sociabilidad ritmada por los rígidos códigos de la "etiqueta" y alternada entre clubes como el Jockey (fundado en 1882) y las mansiones de los barrios que, a comienzos de siglo XX, delinearon el espacio de la clase alta en la ciudad (Retiro, Barrio Norte, y de manera más incipiente, Recoleta); pasatiempos cosmopolitas y refinados, desde el consumo de música lírica (potenciado por el

<sup>12</sup> Leandro LOSADA: *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, cit.

atractivo del nuevo Teatro Colón inaugurado en 1908) hasta los deportes de armas y los hípicas, estos últimos expresión de otro movimiento de largo plazo, la revalidación de todo lo referenciado con el espacio rural (durante buena parte del siglo XIX sinónimo de barbarie) resultante del prestigio alcanzado por la elite terrateniente pampeana – el grupo económicamente predominante dentro de la alta sociedad– gracias a su papel protagónico en la transformación del sector agropecuario<sup>13</sup>.

Sobre estas mutaciones, en consecuencia, cobró forma la “aristocracia” porteña de la *Belle Époque*. Esta noción, clave en las identidades que dieron forma a la alta sociedad, se entendió entonces en el sentido preciso de un estilo de vida distinguido, no de un (inexistente) origen social privilegiado. Con frecuencia, la profundidad de este proceso de reconfiguración del gusto de elite ha sido menospreciado, al enfatizar la preponderancia de los gestos imitativos, o de ostentación vulgar. No obstante, y aunque no toda la alta sociedad se volvió sensible a los consumos culturales tenidos por sofisticados, es claro que las formas de relación social experimentaron intensas transformaciones.

Por último, al compás de la sofisticación en el estilo de vida, la alta sociedad se volvió más hermética que en períodos anteriores. Hasta el umbral del último cuarto del siglo XIX, las elites nativas habían sido muy permeables a la incorporación de “gente nueva”. A la alta sociedad se habían integrado familias extranjeras con una posición relativamente acomodada (por ejemplo, los comerciantes y profesionales británicos, franceses o genoveses que se radicaron en las décadas de 1820 y 1830) pero también otras fundadas por inmigrantes que escalaron desde posiciones humildes. Así, en el cambio de siglo, encontramos en un mismo universo social a apellidos como Álzaga, Anchorena y Unzué, por una parte, y Duggan, Santamarina o Luro por la otra. Mientras los tres primeros podían rastrear sus orígenes en la elite hasta el período colonial, los últimos revelan la apertura de la clase alta a los hijos más exitosos de la experiencia migratoria de los primeros dos tercios del siglo XIX. A ellos hay que sumarles otros apellidos que también podrían definirse como gente nueva, pues si bien no lo eran en lo relativo a sus raíces en el país, sí lo fueron en cuanto a su inclusión en las elites políticas, económicas y sociales porteñas. Nos referimos a algunos linajes del interior, como Roca, Uriburu o Avellaneda, cuyo emparentamiento con las familias porteñas tradicionales se densificó en el cambio de siglo e hizo que la alta sociedad de Buenos Aires dejara de ser un círculo porteño para adquirir una estatura más propiamente nacional<sup>14</sup>.

Hacia el novecientos, este proceso de sucesivas incorporaciones llegó a su fin. La consolidación del proceso de organización institucional del país, la conformación de una elite más poderosa y refinada, y el gradual cierre de las oportunidades de ascenso que ofrecía una economía de frontera en sus fases iniciales del desarrollo, tornaron más difícil la reedición de las vertiginosas experiencias de movilidad social que habían sido posibles algunas décadas antes. Desde entonces, una elite poderosa y enriquecida, a la vez que muy consciente de su condición privilegiada, comenzó a “cerrar el círculo” (para citar una emblemática frase de Miguel Cané) frente a una

<sup>13</sup> Roy HORA: *Los terratenientes de la pampa argentina*, cit.

<sup>14</sup> Leandro LOSADA: *Historia de las elites en la Argentina. De la conquista al surgimiento del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

sociedad todavía en profunda metamorfosis. Junto al cierre del universo social, la consagración de pautas de organización familiar propias de este grupo ofrecieron formas adicionales de marcar diferencias, quizá menos deliberadas pero igualmente contundentes. La familia numerosa, con más de seis hijos y a menudo superando los diez, se convirtió en un ideal a la vez que en una pauta recurrente entre los grupos encumbrados, que sostuvieron incluso en un período signado por una abrumada caída en la mortalidad infantil. Cualquiera fuese su causa última (se ha señalado el peso de la moral católica, teniendo en cuenta que semejante cantidad de descendientes a comienzos del siglo XX sugiere una deliberada desatención de las prácticas anticonceptivas), la gran familia fue una marca de identidad que, junto a un pomposo y encorsetado estilo de vida, le dio a la alta sociedad un aire “aristocrático” que sirvió para marcar diferencias con el resto de la sociedad, y en particular, con las clases medias que en las primeras décadas de siglo comenzaban a cobrar visibilidad y presencia.

## II. Las clases medias

Mientras la elite crecía en poder económico y refinaba y aristocratizaba su estilo de vida, los sectores que se ubicaban por debajo de ella experimentaban transformaciones igualmente intensas. Resulta difícil hablar de este vasto conjunto en singular. En el curso de unas pocas décadas, el impacto de fenómenos tales como el crecimiento económico, la migración, la urbanización, la diversificación y ampliación de los consumos, el avance de la alfabetización, la expansión del Estado, etc., rápidamente desdibujaron el perfil de la sociedad criolla, dando paso a una sociedad no sólo de mayor escala, sino también de creciente complejidad. Y aunque la Argentina previa a la gran inmigración era sin duda menos simple y menos polar de lo que habitualmente se sugiere, la división entre la así llamada gente decente y el mundo popular constituía un rasgo fundante de la organización social, a la vez que uno de los ejes a partir de la cual esa sociedad se representaba a sí misma<sup>15</sup>. Esta clasificación binaria se revela inadecuada para describir el nuevo mundo social que creció al calor de los procesos recién mencionados. Entre otras limitaciones, impide captar los nuevos principios en torno a los cuales se organizaba la sociedad y, en particular, la relevancia que en ella estaban adquiriendo la movilidad social y los estratos medios.

En ese vasto y heterogéneo conjunto que suele subsumirse bajo el nombre de clases medias se advierte, más que en cualquier otro grupo, la presencia inmigratoria. La llegada de europeos signó la historia argentina desde sus comienzos. Desde mediados del siglo XIX, sin embargo, tanto la escala del flujo migratorio como la influencia de los extranjeros crecieron respecto de etapas previas. Para la década de 1870, los inmigrantes europeos ya habían alcanzado una posición dominante entre los titulares de las empresas que producían bienes y servicios. En las principales

<sup>15</sup> Para retratos de la sociedad que retoman estas coordenadas, Eduardo ZIMMERMANN: “La sociedad entre 1870 y 1914”, en Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina, La configuración de la República independiente*, tomo IV, 1810- c.1914, Buenos Aires, Planeta, 2000. También, James SCOBIE: *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires, Solar, 1977; Francis KORN: “La gente distinguida”, en José Luis ROMERO y Luis Alberto ROMERO: *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos, II*, Buenos Aires, abril, 1983.

ciudades del litoral los extranjeros representaban más de dos terceras partes de los dueños de bares y restaurantes, comercios, talleres y fábricas. La presencia inmigrante, aunque no tan abrumadora como en la ciudad, también se hacía notar en la campaña litoral, donde pronto se convirtieron en los principales protagonistas del boom lanero del tercer cuarto del siglo XIX y, poco más tarde, del formidable proceso de crecimiento agrícola que hizo de la Argentina uno de los mayores exportadores de trigo y maíz del mundo, y gracias a lo cual emergió un vasto estrato de sectores medios rurales. Tampoco estuvieron ausentes de otras actividades como la navegación fluvial, el cultivo de frutas y verduras, el transporte terrestre, la enseñanza y el periodismo. La centralidad económica de los inmigrantes dio origen a lamentos como los de Sarmiento, que en la década de 1880 describía a la Argentina como una nación que se movía, casi exclusivamente, al ritmo del trabajo extranjero. Considerando que para entonces en los distritos económicamente más dinámicos del país tres de cada cuatro varones adultos habían nacido del otro lado del Atlántico, esta visión no parece exagerada. Para el Centenario, la Argentina se ubicaba en un cómodo primer lugar entre los países de inmigración, tanto porque ninguna otra nación contaba con una proporción tan elevada de extranjeros (e hijos de extranjeros) como porque les había otorgado un lugar primordial en su vida económica y social<sup>16</sup>.

Desgajados del medio en el que habían adquirido sus primeras y más perdurables experiencias vitales, los inmigrantes realizaron importantes esfuerzos para recrear el universo cultural que habían dejado al cruzar el Atlántico. Ello creó condiciones propicias para la emergencia, junto a la interacción informal con paisanos en el lugar de trabajo, o en bares, esquinas y cafés (a veces más amplia y diversa que la ofrecida por la ciudad o la aldea de la que habían partido), de gran cantidad de emprendimientos que interpelaron a los inmigrantes en tanto extranjeros. La vitalidad de la prensa étnica, casi tan abundante como la escrita en lengua castellana, y presente en todos los grupos migratorios de cierta importancia, pone de relieve la intención de mantener vivos los lazos con la cultura y la tierra de origen. Los italianos, que hasta el cambio de siglo constituyeron el primer grupo inmigrante (más de la mitad de todos los arribados hasta fines de la década de 1880 provenía de la Península), construyeron poderosas instituciones comunitarias, más numerosas y más prestigiosas que las que por entonces los emigrados de la Península estaban erigiendo en otros destinos de inmigración, como los Estados Unidos. La fortaleza de las asociaciones étnicas no fue un patrimonio de este grupo migratorio. En mayor o menor medida, todos los extranjeros tendieron a desplegar su vida social en un marco de referencia que remitía a la comunidad de origen<sup>17</sup>.

Los universos de sociabilidad comunitaria no constituyeron, sin embargo, barreras que impidieran el contacto con el entorno. Los inmigrantes habían cruzado el Atlántico movidos por aspiraciones de mejora individual o familiar, y ello los obligaba a establecer relaciones con actores y escenarios que con frecuencia les resultaban extraños. El mundo del trabajo, el lugar de residencia, la búsqueda de pareja, los impulsaron más allá de los estrechos círculos de sus paisanos. De todos modos, el

<sup>16</sup> El relato clásico de este proceso lo ofrece Gino GERMANI en su *Estructura social de la Argentina*, cit.

<sup>17</sup> Fernando DEVOTO: *Historia de la inmigración en la Argentina*, cit. Para el caso español, cfr. José C. MOYA: *Primos y Extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Buenos Aires, Emecé, 2004.



influjo del medio nativo fue relativamente superficial sobre los inmigrantes que retornaron a la tierra de origen o los arribados de primera generación, cuya sociabilidad orbitó en torno a los lazos que los ataban a las sociedades de las que habían emigrado o, en su defecto, a los espacios de sociabilidad étnica que servían para recrearla localmente<sup>18</sup>. Y cuando dirigían su mirada hacia la cumbre de la sociedad, muchos de ellos percibían como más visibles y más relevantes a los grupos dirigentes de su comunidad inmigrante que a las élites sociales y políticas de la sociedad que los hospedaba de manera temporaria. Incluso extranjeros que lograron acumular fortunas similares o superiores a los de la clase alta nativa, aun cuando no le volvieron la espalda a los espacios de sociabilidad que nucleaban al segmento más conspicuo del alto mundo argentino, tendieron a privilegiar la sociabilidad étnica. De modo significativo, en la decisiva cuestión de la elección de pareja, frecuentemente terminaron eligiendo a sus propios congéneres. Tal es el caso, por ejemplo, de los Devoto, pero también de los Santamarina, los Luro o los Duggan, que sólo en la segunda generación se incorporaron (sin duda con notable éxito) a la alta sociedad nativa<sup>19</sup>.

Como lo sugieren estos ejemplos, en el mediano plazo la vitalidad de las formas asociativas y la sociabilidad étnica fue opacándose, conforme los hijos de los inmigrantes se abrían a nuevas experiencias y perdían interés en el mundo de sus mayores. Para el Centenario, el período de apogeo del asociacionismo extranjero y la sociedad plural comenzaba a quedar atrás, y su supervivencia dependía cada vez más de la sangre aportada por la llegada de nuevos contingentes de inmigrantes. Su ocaso no fue consecuencia sola ni centralmente de las poderosas iniciativas nacionalizadoras impulsadas por el Estado desde comienzos del siglo XX, en primer lugar a través del sistema educativo. Para entonces, por ejemplo, el castellano ya desplazaba al italiano en las conversaciones que tenían lugar en el Club Italiano, en cuyos salones se reunía la elite peninsular<sup>20</sup>. También ganaban terreno los matrimonios concertados entre miembros de distintas comunidades, o entre nativos (y más frecuentemente nativas) y extranjeros o hijos de extranjeros<sup>21</sup>. En esos mismos años, el vigoroso desarrollo de un criollismo de signo popular entre la población de origen extranjero testimonia el atractivo de la idea nacional sobre los hijos de inmigrantes<sup>22</sup>.

Aún quienes manifestaron menos voluntad de interacción también fueron paulatinamente ganados por prácticas y costumbres que, aunque relativamente novedosas, terminaron por identificarlos con nuevos estilos de vida que ejercían influjo entre los estratos medios nativos. En el período que estamos considerando comenzó a difundirse un nuevo modelo de familia, identificado con valores de impronta burguesa tales como la respetabilidad, el ahorro y el esfuerzo, y la mejora a través de la educación, cuya legitimidad se extendió tanto entre inmigrantes como entre nativos.

<sup>18</sup> Cfr. Fernando DEVOTO y Eduardo MIGUEZ: *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, Buenos Aires, CEMLA-CSER-IEHS, 1992.

<sup>19</sup> Cfr. Diana BALMORI, Stuart VOSS y Miles WORTMAN: *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*, México, FCE, 1990, pp. 180-251.

<sup>20</sup> Fernando DEVOTO: *Historia de los italianos en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2006.

<sup>21</sup> Hernán OTERO: "Endogamia e integración de inmigrantes en la Argentina moderna. Balances y perspectivas desde un enfoque regional", en BOLEDA, M. y MERCADO, M. C. (comps.): *Seminario sobre Población y Sociedad en América Latina*, Asociación Argentino-Chilena de Estudios Históricos e Integración Cultural, GREDES, Universidad Nacional de Salta, 2001.

<sup>22</sup> Adolfo PRIETO: *El discurso criollista*, cit.

El nuevo modelo promovía la formación de hogares a partir de familias nucleares simples (padre, madre, hijos solteros) que residían bajo un mismo techo. Este modelo suponía una clara delimitación entre las esferas doméstica y pública, y a la vez establecía una nítida división de tareas basada en el género. Sobre el varón recaía la responsabilidad de proveer el sustento mientras que, gracias a la mejora del ingreso familiar, la mujer podía retirarse de la esfera productiva para consagrarse por entero al cuidado del hogar. Los hijos, por su parte, extendían su paso por el sistema educativo y postergaban su ingreso al mundo del trabajo, al que ingresaban más tarde pero dotados de mayores calificaciones. Aun cuando este patrón coexistió con otras formas familiares y residenciales (imposibles de erradicar en una sociedad marcada una elevadísima tasa de masculinidad y una oferta habitacional que corría detrás de la demanda), en las primeras décadas del siglo el modelo de familia que se identifica con los valores de los sectores medios más acomodados no sólo creció en importancia sino que también se convirtió en un referente de respetabilidad social para grupos más amplios ubicados en los estratos inferiores de este mundo, e incluso entre los sectores populares<sup>23</sup>.

### III. Dos universos en contacto

Tras haber delineado algunos rasgos del mundo de las elites y de las clases medias en formación, podemos dirigir nuestra atención hacia el problema de las relaciones entre estos dos universos, con la intención señalada al comienzo: sugerir interrogantes y presentar argumentos orientados a delinear una agenda de investigación sobre estos problemas. Las preguntas que funcionan como puntos de partida podrían formularse en los siguientes términos: ¿la clase alta nativa, europeizada y aristocrática, cuando no plutocrática, ofreció un modelo de referencia para los incipientes sectores medios? ¿Éstos configuraron sus identidades y sus pautas de conducta imitando o dando la espalda a la elite? Y, en sentido inverso, ¿cuáles fueron los comportamientos de la elite ante la consolidación de las clases medias? ¿Cuáles fueron los momentos de aparición y los ritmos de unas y otras tendencias?

La estructura y composición de la familia ofrece un punto de partida posible para encarar estas preguntas. Allí, más que confluencia o uniformidad, se advierte una cierta divergencia, reflejo a su vez de prácticas y valores parcialmente contrapuestos. Como se expuso más arriba, mientras en los sectores medios de la sociedad litoral se imponía la familia nuclear y el patrón de residencia neolocal, entre los integrantes de la elite de las décadas del cambio de siglo se advierte un movimiento inverso: la constitución de familias de muchos hijos y, en no pocos casos, la residencia bajo un mismo techo de tres generaciones. De hecho, parte considerable de las grandes mansiones de la elite fueron pensadas para albergar no sólo a familias nucleares numerosas sino también a grupos familiares integrados por abuelos, hijos (y sus mujeres) y nietos. Estas costumbres mantuvieron su vigencia durante el período de entreguerras, cuando la reducción del número de hijos se volvió perceptible entre

<sup>23</sup> Eduardo MÍGUEZ: "Familias de clase media: la formación de un modelo", en Fernando DEVOTO y Marta MADERO (directores): *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 1999; Jorge LIERNUR: "El nido de la tempestad. La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1910)", en *Entrepasados* 13, 1997.

amplios segmentos de las clases medias. Vale recordar que a fines de la década de 1930 Alejandro Bunge señalaba a las familias con gran cantidad de hijos como un rasgo distintivo (y a sus ojos elogiado) de las familias más encumbradas, y a la “clase media”, como el principal causante del abrupto descenso de la natalidad que tuvo lugar en el país (desde su punto de irradiación en las grandes ciudades litorales) a partir del último cuarto del siglo XIX<sup>24</sup>. Cuando Bunge celebraba la existencia de más de 100 familias de la elite con más de 8 vástagos, las familias de clase media porteña ya estaban próximas a una descendencia final de 3 hijos. De acuerdo a una especialista en el tema, este último comportamiento se correspondía con “el de la pequeña burguesía ascendente de algunos países europeos” de ese mismo período<sup>25</sup>.

Ahora bien, la existencia de senderos bifurcados en lo relativo a la estructura y composición de la familia, ¿debería llevar a la conclusión de que el ascendiente de la elite sobre las clases medias fue poco significativo? Una respuesta taxativa a esta pregunta es quizás menos relevante que un estudio atento a los ritmos de este proceso. En rigor, aquello que la estructura y composición familiar nos sugiere para la década de 1930 pone de relieve, quizá, el ocaso de un ascendiente que la elite sí había tenido sobre los incipientes sectores medios, o al menos, sobre aquellos sectores de la población con expectativas y posibilidades de ascenso social a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Las muestras de preocupación que varios miembros de la clase alta plasmaron ante el problema de la exclusividad social constituyen síntomas de la considerable atracción que la elite era capaz de ejercer sobre sus círculos periféricos e inferiores todavía en los años de entre siglos. La relevancia otorgada a la figura del advenedizo en algunas obras literarias salidas de la pluma de integrantes de la elite así parece indicarlo. A través de esta figura, se retrató al inmigrante próspero y ambicioso que aspiraba a ingresar en las filas de la elite vernácula<sup>26</sup>. Aun cuando el acceso a los círculos de clase alta resultó relativamente sencillo para inmigrantes exitosos (o más frecuentemente, para sus hijos) durante gran parte del siglo XIX (lo que, más que debilitar, tendió a robustecer al grupo sobre el cual se ejercía la presión), hacia el cambio de siglo las familias tradicionales elevaron las barreras que los separaban de quienes aspiraban a utilizar fortunas recientemente adquiridas para incrementar su reputación y su prestigio. Y más allá de las alarmas que podía provocar el asedio de hombres nuevos, lo cierto es que en ese momento formativo de las clases medias la alta sociedad constituyó un referente ineludible para la definición del buen gusto, aspecto que en sí mismo revela el lugar expectable ocupado por la elite social. El hecho de que ritos públicos de la vida de la alta sociedad como las bodas adquiriesen un carácter literalmente espectacular, tanto por su fasto y opulencia como por su capacidad de concitar la atención de amplísimos sectores de la población porteña, ofrece un notorio indicio de la capacidad de este grupo para funcionar como un poderoso polo de atracción social (así, por ejemplo, el casamiento de Matilde Anchorena con Carlos Ortiz Basualdo, realizado en la Catedral en 1896, fue seguido por un “gentío sólo comparable al de las más ruidosas ceremonias. El movimiento de

<sup>24</sup> Alejandro BUNGE: “Esplendor y decadencia de la raza blanca”, en su *Una Nueva Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984 [primera edición, 1940], pp. 43-57.

<sup>25</sup> Susana TORRADO: *Historia de la familia en la Argentina Moderna*, cit., p. 363.

<sup>26</sup> Cfr. Gladys ONEGA: *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1980.

tramways y coches ha sido detenido y hasta la guardia de seguridad ha sido distribuida para mantener el orden”<sup>27</sup>). Convertida en sinónimo de elegancia y distinción, la alta sociedad condensó por varias décadas todo lo que se asociaba a un status elevado y una posición distinguida. Para 1909, todavía eran frecuentes las visiones que señalaban que el conjunto de familias de riqueza rural cuyas mansiones daban su sello característico al Barrio Norte constituían “el exponente más alto de la cultura ciudadana, la cúspide de la pirámide social, el punto de mira hacia el cual convergen las miradas de las capas inferiores.”<sup>28</sup> La publicidad y las marcas de distintos artículos de consumo masivo que evocaban apellidos tradicionales o nombres fuertemente connotados con el alto mundo social (Mitre, Jockey Club), constituyen otra evidencia del extendido prestigio de que gozaban los grupos más encumbrados. Basta observar las crónicas sociales aparecidas en la prensa a lo largo de este período para comprobar que, una vez traspuestas las fronteras de los mundos de sociabilidad étnica, y en lo que a distinción se refiere, nada opacaba a la alta sociedad nativa ni rivalizaba con ella.

A partir de esta constatación, es necesario dirigir la atención hacia las fuerzas que afectaron o atenuaron esta preeminencia, y a su ritmo de despliegue. En este sentido, parece plausible afirmar que la importancia de las impugnaciones cobró envergadura en los años que sucedieron al Centenario. Por una parte, el prestigio de la elite no emergió indemne del clima social y políticamente conflictivo que se extendió por los distritos cerealeros de la región pampeana luego de la movilización de chacareros iniciada con el Grito de Alcorta, y en las grandes ciudades como consecuencia de los conflictos obreros de fines de la década de 1910. Estas críticas se vieron potenciadas por la democratización de la vida política posterior a la sanción de la ley Sáenz Peña, pues ésta abrió mayores espacios para la denuncia pública de los potentados locales<sup>29</sup>. Símbolo de este nuevo escenario en el que la denuncia de los poderosos adquirió mayor relieve, para 1922 el edificio del Jockey Club fue objeto de agresión por parte de manifestantes afines a la Unión Cívica Radical, que denunciaron su carácter de reducto conservador y oligárquico. Y estas muestras de hostilidad pública hacia la elite provinieron tanto de grupos populares como de estudiantes universitarios, un grupo en el que la presencia de los sectores medios por entonces se estaba haciendo cada vez más significativa<sup>30</sup>.

Con todo, la fuerza de la denuncia política del segmento más conspicuo de la clase alta no debe exagerarse. Una vez que la crisis de posguerra quedó atrás, el conflicto social (sobre todo el que tenía lugar en la ciudad) no sólo se reveló de baja intensidad sino que, además, no afectó sino lateralmente a su segmento más encumbrado. En efecto, esa elite de base agraria dependía del ingreso generado en el campo, un espacio ubicado fuera del principal escenario de disputa de una sociedad que, además, se contaba entre las más urbanizadas del mundo. Por tanto, las luchas sociales más visibles e impactantes de ese tiempo –las que tuvieron lugar entre los patrones industriales y más en general los empresarios urbanos y los trabajadores de

<sup>27</sup> *El Diario*, 28 de noviembre de 1896. Un mayor desarrollo de estos aspectos en LOSADA: *La alta sociedad*, cit. pp. 220-231.

<sup>28</sup> *Boletín de la Unión Industrial Argentina*, XXIII: 491, 15 de noviembre de 1909, p. 2.

<sup>29</sup> Roy HORA: *Los terratenientes*, cit. pp. 207-277.

<sup>30</sup> *El Diario*, 9/1/1922, p. 3, y 11/2/1922, p. 3.

los sectores secundario y terciario de la economía— sólo tocaron al núcleo de la alta sociedad de manera indirecta y marginal. En este contexto, pues, las diferencias entre la elite y los sectores medios e inferiores no terminaron de articularse políticamente, y giraron más en torno a valores que a intereses.

Un trabajo reciente de Ezequiel Adamovsky afirma que la idea de clase media comenzó a arraigarse en la década de 1920, como consecuencia de procesos de autoidentificación pero también de la exitosa inculcación de ese concepto por parte de los sectores dominantes. Según esta perspectiva, la emergencia de esta forma de identidad habría sido funcional a la perduración del *statu quo*, toda vez que tendía a dificultar la constitución de amplias coaliciones políticas populares, capaces de favorecer la identificación entre los grupos medios y las clases subalternas<sup>31</sup>. Se trata, como se ve, de una perspectiva que enfatiza la dimensión política (y en gran medida heterónoma) de la identidad de los sectores medios. Retomando lo señalado hasta aquí, podemos avanzar en una explicación alternativa que, sin descartar de plano la importancia de este elemento, de todos modos asigne mayor relevancia analítica a las dimensiones sociales y culturales en los procesos de formación de identidades de clase en el medio siglo previo a la aparición del peronismo. Por un lado, porque, aun si el término clase media tuvo en las décadas de 1910 y 1920 una difusión más limitada que en décadas posteriores, las realidades sociales que evoca este vocablo ya habían adquirido en ese período formas perceptibles, como ya se ha expuesto más arriba, en terrenos tales como la organización familiar, los patrones de consumo, los estilos de vida y el universo de valores. En segundo lugar, y retomando lo señalado en el párrafo anterior, porque a medida que los ideales asociados a la respetabilidad anclada en el esfuerzo y el trabajo propios de las clases medias se fueron arraigando, las pautas de vida de la alta sociedad se convirtieron en objeto de críticas e impugnaciones de cuño más moral que político, que solían condenar el ostentoso desenfreno propio de los potentados locales. Desde este punto de vista, pues, la afirmación de una “cultura de clase media”, si en sus momentos iniciales encontró una referencia importante en el mundo de la alta sociedad (pues le sirvió para tomar distancia del mundo popular y alentar sus expectativas de ascenso social) en los años de la entreguerra terminó afirmándose contra (o tomando distancia de) él.

Desde ya, también debe contemplarse que los ritmos de este proceso, pausados y sinuosos, seguramente no supusieron una ruptura radical con el mundo de la elite. Así, por ejemplo, en semblanzas de la vida social de la primera posguerra y de la década del veinte se advierte que un conjunto de lugares estrechamente asociados con el universo de la elite siguieron conservando una fuerte presencia en las referencias de las clases medias. El avance de este grupo sobre el parque de Palermo, que hasta fines del siglo XIX se había mantenido como un paseo aristocrático, sugiere el atractivo que podía poseer un territorio consagrado por la elite. La popularidad que adquirió Mar del Plata como lugar de veraneo en la década de 1920, cada vez más extendido entre grupos ajenos a la elite, remite directamente a su carácter de balneario de la alta sociedad<sup>32</sup>.

<sup>31</sup> Ezequiel ADAMOVSKY: *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión*, Buenos Aires, Planeta, 2009.

<sup>32</sup> Cfr. Elisa PASTORIZA: *La conquista de las vacaciones. Breve historia del turismo en la Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2011.

Cabe preguntarse, sin embargo, si consumos o aficiones como el veraneo en Mar del Plata se tradujeron siempre o necesariamente en un afán por imitar conductas o acudir a espacios vinculados con la alta sociedad –siguiendo con el ejemplo marplatense, el Hotel Bristol, el Golf Club o el Ocean Club–. La respuesta a estos interrogantes, nuevamente, invita a evaluar con cuidado el comportamiento de los sectores medios. Los mismos fueron construyendo sus propios lugares de esparcimiento, y sus formas de veranear tomaron distancia del modelo ofrecido por la elite, en el que destacaba el consumo ostentoso. De hecho, antes que imitación, los usos del tiempo libre característicos de los grupos medios parecen poner de relieve comportamientos deliberadamente medidos y austeros. Hay indicios muy reveladores al respecto. Ya hacia el Centenario, *Caras y Caretas* los retrataba de esta manera: “Los buenos y tranquilos burgueses acampan lejos del Bristol, en los hoteles de segundo y tercer orden, en las numerosas casas de pensión y en lugares no muy rumbosos. En su mayoría, son comerciantes de regular capitalito, rentistas que han hecho tapar todas las goteras de sus cinco o seis casas para arrendar, profesionales que se alejan de sus estudios y de sus consultorios. Madrugan. Gastan moderadamente. Entre el carruaje de alquiler y el tranvía a sangre, optan por el boleto.”<sup>33</sup>. Este ejemplo puntual retrata, entonces, el comportamiento de un segmento social cada vez más confiado en el valor de su manera de ver el mundo y más seguro de sí mismo, para el cual la alta sociedad podía seguir funcionando como una referencia insoslayable, pero al que ya no lo movía la aspiración de mimetizarse con ella.

Por lo tanto, ¿en la Argentina de la primera posguerra, el universo de la alta sociedad siguió constituyendo una referencia socio-cultural decisiva para quienes se ubicaban por debajo de ella? La respuesta a esta pregunta debe considerar que para entonces se habría operado un desplazamiento en las relaciones entre la elite y las clases medias, que alteró el panorama dominante en el período clausurado hacia el Centenario. Muchos integrantes de las clases medias aspiraban a transitar los mismos espacios, a imitar algunas conductas que tenían por distinguidas, pero ya no se veían movidos por el deseo de actuar como lo hacía la elite, o de integrarse a ella. Este nuevo contexto, pues, sugiere que la figura del advenedizo cobró una nueva forma. Desde el punto de vista de la elite, el invasor dejó de ser concebido como el arribista solitario que pretendía forzar su ingreso a la alta sociedad. Ahora se trataba de un sujeto colectivo que, gracias a la mejora en la educación, la ampliación del consumo y la mejora del ingreso característicos de las primeras décadas del siglo, había visto incrementado su peso social y su conciencia de sí mismo, y que en todo caso reclamaba su derecho a ocupar espacios que antes habían sido patrimonio exclusivo de la elite. Pero si este ingreso en el mismo territorio podía resultar irritante, en rigor sólo daba lugar a una interacción a distancia, que no amenazaba echar por tierra las barreras que aislaban a las clases altas.

Una fórmula apropiada para pensar semejante escenario, entonces, puede ser la de coexistencia sin integración. Sus límites, por lo demás, no habrían surgido sólo de la circunspección de las clases medias, sino también –y quizá de manera más decisiva– de la posición de la propia elite. Cada vez más cerrada –como lo expresa

<sup>33</sup> *Caras y Caretas*, N° 598, año XIII, 19/3/1910.

de manera muy notoria su creciente endogamia matrimonial y social–, a la vez que acostumbrada a un nivel de consumo que, pese a la mejora sustancial del ingreso que vastos segmentos de la clase media experimentaron en la entreguerra, al avance del proceso de fragmentación de las fortunas rurales producto de la partición hereditaria, y a la desaceleración del ritmo de crecimiento de la economía agraria, todavía se hallaba muy por encima de la que podían exhibir sectores menos encumbrados.

Así, pues, hacia la década del veinte comenzaría a ponerse de relieve un cambio en el modo en que la alta sociedad se vincula con quienes se ubican por debajo de ella. A la vez que el influjo de la alta sociedad sobre las clases medias se atenuaba, ambos conjuntos pasaron a conceder mayor importancia a su propio entorno al momento de perfilar valores e identidades. Este proceso se encuentra ligado a la creciente complejidad de la sociedad, que sin duda contribuyó a volver más heterogéneas las referencias sociales y culturales en torno a las cuales se articulaba la identidad de cada grupo (algo que, por ejemplo, Alexis de Tocqueville ya había advertido en los Estados Unidos de mediados del siglo XIX). Conforme la sociedad se tornaba más compleja, el influjo social de la elite, sin desaparecer del todo, habría perdido intensidad, y habría comenzado a ser opacado por un universo de valores y referencias más propiamente mesocrático. Expresiones del desarrollo de la cultura de masas como el cine y la prensa concurren decisivamente a potenciar este proceso, a través de la difusión de nuevos modelos sociales hostiles o indiferentes al mundo de los potentados y el privilegio heredado, tanto como de la promoción de valores que giraban en torno al ahorro y el trabajo, la honestidad y el esfuerzo<sup>34</sup>. Por su parte, el crecimiento y la diversificación de la economía contribuyeron a atenuar el peso de la elite tradicional, no sólo porque incrementaron el ingreso y las posibilidades de consumo, sino también porque crearon nuevos terrenos de actividad en los que la primacía o al menos la incidencia de los sectores más poderosos eran escasas o nulas. Indicadores reveladores de semejante escenario son las innumerables trayectorias sociales exitosas edificadas al margen de la alta sociedad tradicional, de su mundo social y de su universo de parentesco, y que con frecuencia tampoco se coronaron en ellos. Torcuato Di Tella, el mayor empresario industrial de la Argentina de entreguerras y mediados del siglo XX, y Natalio Botana y Julio Korn, promotores de grandes iniciativas en el terreno de las industrias culturales, ilustran este punto con elocuencia.

Es importante, también, evaluar el alcance de esta progresiva escisión entre los mundos de la elite y de las clases medias. ¿Se desarrollaron tendencias de sentido opuesto, que hicieran confluir a uno y a otro universo en distintos planos de la vida social? Esta última posibilidad resulta plausible, y su despliegue parece obedecer a la acción de dos procesos que estaban transformando la sociedad en el período de entreguerras. Por un lado, los cambios culturales que experimentó la propia elite. Por otro, el ya señalado proceso de argentinización de las clases medias.

<sup>34</sup> Cfr. Beatriz SARLO: *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Norma, 2004; Luis Alberto ROMERO y Leandro GUTIÉRREZ: *Sectores populares, cultura y política*, cit.; Matthew B. KARUSH: "The Melodramatic Nation: Integration and Polarization in the Argentine Cinema of the 1930s", *Hispanic American Historical Review* 87:2 (2007), pp. 293-326.

En la posguerra, el estilo de vida aristocratizante que servía de referencia a las elites argentinas experimentó un lento pero inexorable eclipse, en gran medida resultado del derrumbe de la sociedad en la que había crecido y prosperado. La Gran Guerra supuso el colapso definitivo de aquellos aspectos del Antiguo Régimen que habían sobrevivido a las conmociones de la Revolución Francesa y se habían reconstituido o reformado en el medio siglo que precedió a la Primera Guerra Mundial. Además de derribar coronas y aristocracias, el conflicto bélico golpeó duramente a las grandes fortunas europeas, y a la vez abrió una era de creciente democratización de la vida social y cultural<sup>35</sup>. Al calor del ascenso de la influencia socio-cultural de los Estados Unidos, los pasatiempos, bailes, aficiones y consumos de signo aristocratizante que habían marcado el tono del período previo cedieron ante el avance de otros que, como el jazz o el tango, no tenían sus matrices en la alta cultura. En Argentina, al igual que en otras partes, ello contribuyó a establecer un terreno de encuentros entre los universos culturales de la elite y de las clases medias y populares<sup>36</sup>. Así, por ejemplo, el éxito no sólo artístico sino también social de Carlos Gardel –capaz de codearse con aristócratas y magnates de ambos lados del Atlántico– no se entiende sino en este contexto<sup>37</sup>.

El sentido en el que circulaban estas novedades era de abajo hacia arriba más que de arriba hacia abajo, por lo que estos procesos sirvieron, más que para reforzar el ascendente cultural de las clases altas, para erosionarlo y acotarlo. Al mismo tiempo, la expansión del mercado y la aparición de nuevos bienes de consumo masivo que tuvo lugar en la década de 1920 permitieron que consumos que hasta entonces habían permanecido como patrimonio exclusivo de las elites perdieran el carácter de tales<sup>38</sup>. El uso del automóvil, la práctica del deporte, las vacaciones o el *week-end*, se difundieron en franjas cada vez más extensas de las clases medias<sup>39</sup>. La ampliación social del acceso a usos y consumos hasta entonces distintivos de la elite constituye una de las facetas más destacadas de la vulgarización democrática que los testimonios de la época señalan con frecuencia.

Estas tendencias a la uniformización de los patrones de consumo muchas veces resultaron difíciles de percibir debido al ya señalado hermetismo de la alta sociedad de entreguerras, reunida en torno a un mundo social cerrado, y a un nivel de vida en el que el consumo conspicuo se había tornado segunda naturaleza. Pese a estas barreras, es plausible sostener que en estas décadas las diferencias que separaban a la elite de los sectores medios se volvieron más de grado que de carácter, si se las compara con el panorama reinante en el novecientos. En este nuevo escenario, la ostentación material o el refinamiento cultural dejaron de erigirse, preponderantemente,

<sup>35</sup> Cfr. David CANNADINE: *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1990; Anthony CARDOZA: *Aristocrats in Bourgeois Italy: The Piedmontese Nobility, 1861–1930*, Cambridge University Press, New York, 1998.

<sup>36</sup> Para el caso norteamericano, por ejemplo, David E. KYVIG: *Daily Life in the United States. 1920-1940*, Ivan R. Dee, Chicago, 2004.

<sup>37</sup> Sobre las relaciones de este artista con el alto mundo social, véase Simon COLLIER: *Carlos Gardel. Su vida, su música, su época*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

<sup>38</sup> Fernando ROCCHI: *Chimneys in the Desert*, cit.

<sup>39</sup> Sobre la cultura del automóvil y las clases medias, Anahí BALLENT: "Kilómetro cero: la construcción del universo simbólico del camino en los años treinta", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 27 (2005), especialmente, pp. 127-31.



sobre repertorios culturales distintos, y pasaron a constituirse sobre la base de un patrimonio cultural crecientemente común a vastos sectores de la clase media. En el seno de la elite, los motivos más cabalmente aristocráticos perduraron, y mantuvieron su calidad de símbolos de prestigio. Con todo, su importancia social decreció. Más que reflejar distinción o sofisticación, con frecuencia sólo sirvieron para poner de relieve un halo de excentricidad o de anacronismo, reveladores de la creciente falta de sintonía de sus propietarios con lo que «acontecía en el mundo» (la estructura y composición familiar aludida al comienzo de este apartado bien podría pensarse en este mismo sentido).

Puede sugerirse, entonces, que las diferencias entre las elites y las clases medias comenzaron a tejerse, cada vez más, sobre la base de repertorios culturales comunes, antes que en función de un conjunto de aficiones y pasatiempos característicos de cada uno de estos universos. A ello habrían contribuido, por un lado, la democratización cultural que cobró impulso en el período de entreguerras, que despojó a la elite social de su papel de gran vía de introducción de novedades en los estilos de vida y de aficiones culturales provenientes de los países del Atlántico Norte. Y, en segundo lugar, el sostenido avance de la nacionalización, con sus efectos homogeneizadores sobre la población en su conjunto.

El proceso de argentinización, de fuerte impacto sobre las clases medias de origen inmigratorio, también afectó a los grupos ubicados en la cumbre de la sociedad. En los años de entreguerras tuvo lugar una revalorización de los legados criollos en la alta sociedad, visible en la emergencia de nuevas nociones identitarias que recuperaron el pasado “gaucho”, en la aparición de una nueva literatura que tematizaba estas cuestiones, y hasta en el auge de deportes recubiertos de refinamiento europeo pero ligados a la cultura criolla (como el polo)<sup>40</sup>. El criollismo de la elite no supuso una recusación del cosmopolitismo, sino una conjugación con él. Por otra parte, muchos de los giros criollistas que entonces cobraron envergadura en el seno de la elite hasta convertirse en símbolos de prestigio sirvieron para marcar una precedencia sobre lo que desde la posguerra pasó a convertirse en el núcleo de la tradición nacional (y por lo tanto, en un rasgo de la identidad de la sociedad en su conjunto) para, sobre ello, reafirmar un lugar de preeminencia. En este sentido, aun cuando el avance del criollismo no borró las diferencias entre el alto mundo social y el resto de la sociedad, sí estableció un terreno de encuentro cultural que resaltaba la común pertenencia a la tradición nacional.

A su vez, sobre esta elite más permeable a las nuevas formas del criollismo, también operaron, con peso creciente, pautas culturales características de las clases medias. La correspondencia y las memorias de integrantes del alto mundo social ponen de relieve la creciente importancia atribuida a valores que, como el esfuerzo, la templanza y la dedicación al trabajo, cuestionaban las nociones que fundaban la superioridad en alguna forma del privilegio heredado. Estos valores, de clara connotación burguesa, estaban presentes incluso entre los sectores más aristocráticos de la elite. Así, por ejemplo, a fines de la década de 1920, Leonor Uriburu de Anchorena, que había casado a una de sus hijas con un Grande de España (en una boda en la

<sup>40</sup> Beatriz SARLO: “Vanguardia y criollismo: la aventura de *Martín Fierro*”, en Carlos ALTAMIRANO y Beatriz SARLO: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997; Eduardo ARCHETTI: *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2003.

que el rey de España había oficiado de padrino) denunciaba el gasto desenfrenado que percibía como una conducta demasiado frecuente en su medio social, e instaba a sus hijos varones a ahorrar y trabajar<sup>41</sup>. Seguramente, el significado de estos dos términos no era igual para esta hija de un presidente del orden oligárquico que había entroncado con el mayor clan propietario de la Argentina que para hombres de fortuna y linaje más modestos. Las diferencias, sin embargo, no parecen alcanzar para definir dos órdenes de valores opuestos. Sin duda, ese terreno en común posiblemente resultaba poco perceptible tanto por las conductas aristocratizantes (cuando no decididamente plutocráticas) desplegadas ante la vista pública por los integrantes de la alta sociedad, como por la estructuración misma de la familia y de la sociabilidad de este grupo, que erigían muros difíciles de franquear. Vistas a la distancia, sin embargo, esas diferencias emergen cada vez más como de grado antes que de naturaleza. Y se sitúan, además, sobre una tendencia de largo plazo signada por la homogeneización cultural.

Después de todo, en un país como la Argentina, las coincidencias entre elites y clases medias eran en más de un punto esperables, e incluso inexorables. En última instancia, la elite local tenía una raíz burguesa similar a la de las incipientes clases medias, que precisamente el estilo de vida aristocrático madurado en las décadas del cambio de siglo por un momento pareció poder ocultar, pero que en definitiva se reveló incapaz de subsumir o eliminar. Todo ello se habría vuelto más evidente cuando el poder de irradiación del estilo de vida aristocrático comenzó a eclipsarse junto a la alta sociedad aristocrática europea que le servía de inspiración.

Conforme nos internamos en el período de entreguerras, pues, el universo de las clases medias alcanzó la fuerza y la solidez suficientes como para morigerar el influjo que sobre él ejercía la elite. Más aún, desde entonces los valores de clase media imprimieron su sello más allá de las lábiles e imprecisas fronteras de este grupo en veloz expansión, ejerciendo influencia tanto sobre sectores significativos de las clases subalternas como, en alguna medida, también hacia los actores que se ubicaban en la cúspide de la sociedad. De este modo, adquirió forma madura un nuevo escenario en el que las clases medias emergieron como la fuerza cultural predominante de nuestro país, relegando a la alta sociedad a un papel no sólo reactivo sino también cada vez más marginal en la vida argentina.

#### IV. Conclusión

Cuando contemplamos el período extendido entre fines del siglo XIX y las postrimerías de la década de 1930 desde el punto de vista de las relaciones y circulaciones culturales entre la elite y la clase media, tres momentos se recortan ante la vista del observador. Al inicio, y hasta los años del Centenario, el ascendiente de la elite sobre los sectores medios en proceso de expansión constituye la fuerza predominante que da forma a este vínculo. Símbolo de sofisticación y distinción, la elite renovada y europeizada del cambio de siglo ejerció un poderoso influjo sobre quienes se ubicaban por debajo de ella, consagrándose como el actor de referencia para todos aquellos que, en esa sociedad de inmigrantes, le daban la espalda a los espacios de sociabilidad étnica.

<sup>41</sup> Leonor Uriburu de Anchorena a Emilio Anchorena Uriburu, 21/11/1930, Archivo Juan de Anchorena.

En los años de entreguerras se delinea un segundo momento en la relación entre la elite y las clases medias. El mismo se encuentra ritmado por dos movimientos, uno de escisión y otro de homogeneización. La escisión respondió, más que a la dinámica del conflicto político, a la creciente vocación de las clases medias por identificarse con valores distintos a los que presidían el estilo de vida de una elite social cuya imagen pública experimentó en este período un considerable deterioro. Por su parte, la homogeneización se plasmó sobre todo en el plano de los repertorios culturales y fue impulsada por la ampliación del consumo, los avances educativos de la población, y los cambios en modas, aficiones y pasatiempos. En el mundo de la elite, esto contribuyó al ocaso de las referencias aristocráticas y al acercamiento a la cultura criolla; a su vez, el avance de la ascendencia cultural norteamericana operó tanto sobre la elite como sobre los sectores medios, como también lo hizo la argentinización, de fuerte impacto sobre los sectores de la población de raíces inmigratorias. Algunas de las respuestas de la elite frente a esta homogeneización tuvieron por efecto conducirla hacia un creciente ensimismamiento, atrincherando a este grupo en torno a comportamientos cada vez más reñidos con los pilares morales de los sectores medios. Escisión (principalmente moral) y homogeneización (principalmente cultural) fueron así dos tendencias paralelas aunque de sentido opuesto, que operaron en el marco de una sociedad más compleja (más educada, más próspera, en la que se produjo una ampliación social del acceso al consumo, y en la que la elite, por la dinámica del cambio social, dejó de ser la referencia excluyente), y que tuvieron un efecto común: contribuyeron a la declinación de la ascendencia de la alta sociedad sobre las clases medias.

El desplazamiento de la elite del centro del escenario social se advierte asimismo en un tercer momento, que se sobreimprime con el anterior. A través de él se delinea una extensión de algunas pautas de comportamiento propias de las clases medias en la elite tradicional. Este proceso, vale subrayar, fue pausado y no logró impactar sensiblemente muchos de los comportamientos o conductas de la clase alta (sin reiterar el ejemplo de las modalidades de consumo, recordemos los contrapuntos en la composición y en la estructura familiar). Aun así, parece razonable afirmar que hubo un acercamiento mayor que en cualquier momento del pasado entre ambos mundos, trazado sobre una dirección de influencias inversa a la que había imperado hasta el Centenario: de las clases medias hacia las clases altas.

En semejantes coordenadas, entonces, las distinciones pasaron a descansar cada vez más sobre variaciones en el grado antes que en la naturaleza de convenciones y comportamientos, en un escenario en el que las clases medias desplazaron paulatina aunque inexorablemente a la elite tradicional del centro de la escena. Las peculiaridades y los ritmos de los procesos delineados en este ensayo, los rasgos precisos de este retrato, e incluso la misma pertinencia de este esbozo interpretativo, sólo podrán ser establecidos con precisión a través de investigaciones específicas.

## RESUMEN

*Este ensayo explora las relaciones entre la elite social y las clases medias en el período 1880-1930. En particular, presenta algunas hipótesis acerca de las circulaciones culturales y las influencias recíprocas entre los estilos de vida y las convenciones sociales de los sectores medios y los grupos encumbrados. Luego de una breve caracterización de ambos grupos,*

*este ensayo sugiere que el ascendiente de la elite social, de gran importancia en el cambio de siglo, comenzó a menguar hacia el Centenario. El ensayo explora los procesos que afectaron el influjo de la elite, y dieron lugar a la emergencia de una sociedad y una cultura que poseían su centro de gravedad en las clases medias.*

## SUMMARY

*This essay analyses the relationship between the social elite and the middle classes in Argentina during the 1880-1930 period. It focuses on the way the upper and middle class interacted in the realm of social customs and lifestyle. The essay offers a brief description of both groups, and then argues*

*that the ascendancy of the social elite peaked at the turn of the century, and thereafter lost much of its former force. Finally, the essay looks at the way in which the middle classes became the central element of Argentine culture and society, displacing the elite from its former dominant position.*

## REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

HORA, Roy Y LOSADA, Leandro

"Clases altas y medias en la Argentina, 1880-1930. Notas para una agenda de investigación". *DESARROLLO ECONÓMICO – REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES* (Buenos Aires), vol. 50, N° 200, enero-marzo 2011 (pp. 611-630).

**Descriptores:** <Historia social> <Historia de la cultura> <Argentina 1880-1930> <Clases altas y medias>.